

**ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TESALONICENSES
Y CANTAR DE LOS CANTARES 7—8**

**Hemos sido llamados por Dios a Su reino y a Su gloria
(Mensaje 6)**

Lectura bíblica: 1 Ts. 2:12; 2 Ts. 1:5; Mr. 1:14-15; Jn. 3:3, 5; Ap. 1:9

- I. Dios nos ha llamado a Su reino y a Su gloria—1 Ts. 2:12:
 - A. El reino de Dios es la esfera en la cual podemos adorar a Dios y disfrutarle bajo el gobierno divino con miras a entrar en la gloria de Dios—Mt. 6:13b.
 - B. La obra que Pablo llevó a cabo entre los nuevos creyentes los nutrió, los cuidó con ternura y fomentó su crecimiento ayudándolos a andar como es digno de Dios, a fin de que entraran en Su reino y participaran de Su gloria—1 Ts. 2:12.
- II. El Nuevo Testamento es un libro acerca del reino de Dios; todo el Nuevo Testamento trata del reino—Mt. 3:2; 4:17; Ap. 11:15; 12:10:
 - A. El reino de Dios es la esfera divina en la que Dios lleva a cabo Su plan; es una esfera donde Dios puede ejercer Su autoridad a fin de lograr lo que se ha propuesto—Mt. 6:10.
 - B. El reino de Dios no es solamente el reinado que, en términos generales, Dios ejerce sobre el universo por medio de Su autoridad y poder, sino que también es el reinado que Él ejerce de una manera particular en términos de la vida divina—Jn. 3:5, 15; Ro. 14:17; 8:2, 6, 10-11.
 - C. El Señor Jesús, como Dios encarnado, vino a establecer el reino de Dios: una esfera en la cual Dios puede llevar a cabo Su propósito mediante el ejercicio de Su autoridad—Jn. 1:1, 14; 3:3, 5; 18:36.
 - D. En el Nuevo Testamento el evangelio es predicado en función del reino; el evangelio tiene como meta el reino y es proclamado a fin de que los pecadores rebeldes sean salvos, hechos aptos y equipados para entrar en el reino—Mr. 1:14-15; Mt. 4:17; Hch. 8:12.

- E. En el Nuevo Testamento vemos que el reino de Dios va a la par con Su salvación, y que la salvación de Dios va a la par con el reino—Ef. 2:8, 19; Ap. 12:10.
- F. El objetivo primordial del arrepentimiento es que entremos en el reino de Dios; a menos que nos arrepintamos —es decir, a menos que ocurra un cambio en nuestro modo de pensar—, no podremos entrar en el reino—Mr. 1:15; Mt. 3:2; 4:17.
- G. El reino de Dios es Dios mismo, y Dios es vida, en la cual se halla la naturaleza, la capacidad y la forma que es propia de la vida divina, todo lo cual constituye la esfera en que Dios gobierna—Mr. 1:15:
 1. El hecho de que el reino de Dios se ha acercado significa que Dios mismo se ha acercado.
 2. La naturaleza del reino de Dios es divina por cuanto se trata del reino *de Dios* y, como tal, posee los siguientes atributos divinos: el amor, la luz, la santidad y la justicia—1 Jn. 4:8, 16; 1:5; 2:29; 1 P. 1:15-16.
 3. El requisito para entrar en la esfera divina es poseer la vida divina.
 4. La única forma de entrar en el reino de Dios es recibir a Dios como vida y obtener a Dios mismo—Jn. 1:1, 14; 3:15; 1 Jn. 5:11-12.
 5. Es por medio de la regeneración que recibimos la vida divina, la vida de Dios; por eso, la regeneración es la única puerta de entrada al reino—Jn. 3:3, 5, 15.
- H. Mediante la regeneración Dios nos trasladó al reino agradable del Hijo de Su amor: una esfera donde somos gobernados en amor y según la vida divina—Col. 1:13.
- I. El reino de Dios es la esfera de la especie divina; para entrar en esta esfera divina es preciso nacer de Dios a fin de poseer la vida y naturaleza de Dios y, de ese modo, llegar a ser Dios-hombres que viven en el reino de Dios—Jn. 1:12-13; 3:3, 5.
- J. El reino de Dios es el Señor Jesús, quien, como semilla de vida, se siembra en Sus creyentes y se desarrolla en ellos hasta formar una esfera en la que, por ser Su reino, Dios puede reinar en Su vida divina—Lc. 17:20-21; Mr. 4:3, 26.
- K. El reino eterno de Dios es el aumento de Cristo en términos de Su administración gubernamental—Dn. 2:34-35, 44; Mr. 4:26-29.

- L. Hoy en día los creyentes llevan la vida del reino en la iglesia, pues la iglesia es el reino de Dios en esta era—Mt. 16:18-19; 1 Co. 6:10; Ef. 5:5:
 1. La vida de iglesia es el reino en una etapa de desarrollo, en una etapa preliminar—Ap. 1:9.
 2. Cuando permitamos que la autoridad del reino de Dios opere en nosotros, la justicia, la paz y el gozo caracterizarán nuestra vida diaria—Ro. 14:17.
 3. La obra realizada por la iglesia consiste en propiciar el advenimiento del reino de Dios—Mt. 13:43; 6:10; 12:22-28; Ap. 11:15; 12:10.
 4. La meta de Dios es que nosotros llevemos una vida de iglesia que nos conduzca al reino; esto significa que debemos vivir en la etapa preliminar del reino que habrá de conducirnos a la plena manifestación del reino—Mt. 13:43.
 - M. En el Nuevo Testamento se recalca la cruz, la iglesia y el reino; la cruz produce la iglesia, y la iglesia propicia el advenimiento del reino—16:18-19, 24.
 - N. Para entrar en el reino es preciso pasar por sufrimientos; para ser “tenidos por dignos del reino de Dios” es necesario que nuestra fe crezca, que nuestro amor aumente y que nuestra perseverancia se mantenga firme—Hch. 14:22; 2 Ts. 1:5.
 - O. Después que hayamos entrado en el reino de Dios por medio de la regeneración, debemos avanzar experimentando el pleno desarrollo de la vida divina tal como se nos revela en 2 Pedro 1:5-11, a fin de que nos sea suministrada una rica entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.
 - P. El resultado de experimentar el crecimiento y desarrollo de la vida divina —que nos lleva a la madurez— y de vivir en la realidad del reino en la vida de iglesia, es que recibiremos como herencia el reino de Dios—cfr. 1 Co. 15:50; Gá. 5:21.
- III. La gloria de Dios siempre va a la par con Su reino y se expresa en la esfera de Su reino—Mt. 6:10, 13b; Sal. 145:11-13:
- A. El reino es la esfera en que Dios ejerce Su poder a fin de expresar Su gloria—Ap. 5:10, 13.
 - B. El resplandor del reino tiene como objetivo la glorificación del Padre—Mt. 5:16.

- C. El reino de Dios es Dios mismo manifestado a través de nosotros; el reino es la expresión de Dios que brota de nuestro interior—vs. 14-15; 1 Co. 4:20; 10:31.
- D. En 1 Tesalonicenses 2:12 se nos indica que entramos en el reino de Dios y en la gloria de Dios de forma simultánea.
- E. El reino de Dios es Dios mismo manifestado en Su gloria y con Su autoridad para ejercer Su divina administración; por lo tanto, entrar en el reino de Dios y entrar en la manifestación de la gloria de Dios son acciones que ocurren simultáneamente como una sola acción—He. 2:10; Mt. 5:20; Ap. 21:9-11; 22:1, 5.

MENSAJE SEIS

HEMOS SIDO LLAMADOS POR DIOS A SU REINO Y A SU GLORIA

En 1 Tesalonicenses 2:12 dice: “A fin de que anduviérais como es digno de Dios, que os llama a Su reino y gloria”. De este breve versículo hemos extraído dos cristales. En el mensaje anterior vimos la manera en la que debemos andar como es digno de Dios, y en este mensaje venimos a la segunda parte de este versículo, donde vemos que Dios nos ha llamado a Su reino y gloria. Si no fuera por el ministerio de esta era, un ministerio que lo hereda todo, dudo que hubiéramos visto estos dos asuntos tan importantes. A medida que avancemos en este mensaje, descubriremos cuán rico y concentrado es. Necesitaríamos una conferencia para abarcar cada uno de los asuntos que hemos de presentar.

Veza tras veza necesitamos desechar nuestro viejo entendimiento concerniente a cierto asunto en particular, y requerimos de la unción fresca del Espíritu para obtener una visión renovada. Sentimos la urgencia de abordar la terrible deficiencia y superficialidad de entendimiento que impera actualmente en muchos cristianos con respecto a las verdades contenidas en la Palabra de Dios. Esto se debe tanto a la manera en que ellos acuden a la Palabra como a la clase de personas que ellos son. Debido a tal deficiencia y superficialidad, a muchos cristianos les son veladas las verdades que nosotros vemos. Y cuando dichas verdades les son presentadas por el ministerio, por lo general ellos no entienden de qué estamos hablando o nos critican, o, en el peor de los casos, se oponen a nosotros.

A continuación enumeramos catorce aspectos que describen la deficiencia de la manera en que ellos acuden a la Palabra de Dios: 1) vienen a la Palabra y la toman como letra y no como espíritu, pues “la letra mata, mas el Espíritu vivifica”(2 Co. 3:6); 2) buscan en la Palabra el conocimiento y no la vida; 3) acuden a la Palabra fundamentados en su tradición, y no en la revelación; 4) toman la perspectiva humana y no la perspectiva divina; 5) son naturales y no

espirituales; 6) se encuentran en la esfera humana y física, y no en la esfera divina y mística; 7) cuando leen la Palabra de Dios, permanecen en la esfera terrenal y no en la esfera celestial; 8) se aferran a las cosas objetivas y no a las subjetivas; 9) centran su atención en lo extrínseco y no en lo intrínseco; 10) al considerar ciertas verdades, sólo ven el aspecto posicional, el aspecto que tiene que ver con nuestra posición objetiva, y no ven el aspecto relacionado con nuestra manera de ser; 11) estudian los elementos secundarios de la Palabra y no la revelación central de la misma; es decir, se centran en las ramas y las hojas, y no en el tronco; 12) el entendimiento de ellos es parcial y no completo; 13) le dan más importancia al procedimiento que a la consumación: no es que despreciamos el procedimiento, pero ellos pasan por alto la meta consumada; y 14) al considerar ciertos asuntos ellos los aplican al futuro, en lugar de aplicarlos al presente. Veremos que casi todos estos elementos serán puestos de manifiesto a medida que abordamos el asunto del reino.

De acuerdo con el título de este mensaje, hemos sido llamados por Dios no sólo a Su reino, sino también a Su gloria. Esto inmediatamente nos hace recordar Génesis 1:26. En dicho versículo vemos que Dios creó al hombre con un propósito doble. Primeramente, el hombre fue hecho a la imagen de Dios, la cual tiene que ver con la expresión de Dios. La gloria de Dios no es otra cosa que Dios mismo expresado. En segundo lugar, una vez que el hombre fue creado, se le otorgó señorío sobre la tierra. El señorío se relaciona con la autoridad, la cual a su vez tiene que ver con el gobierno de un reino. Así que, en la creación del hombre podemos ver el reino y la gloria. Estos dos elementos son inseparables, y en realidad son una misma cosa. Según el último asunto presentado en este mensaje, el reino de Dios es la manifestación de Dios en Su gloria y con Su autoridad, lo cual tiene como meta Su administración divina. Así que, el hecho de entrar en el reino de Dios y participar de la expresión de Su gloria son experiencias simultáneas y son parte de una misma cosa. Aunque estos dos asuntos son diferentes, a la vez son una misma cosa.

Basándonos en Apocalipsis 21:10-11, sabemos que la santa ciudad, Jerusalén, tiene la gloria de Dios. En Apocalipsis 21:23 dice: “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lámpara”. La ciudad está llena de la gloria de Dios, y por ello, no tiene necesidad de sol ni de luna ni de ninguna otra fuente de luz. La ciudad misma está llena

de gloria. El versículo 12 describe a esta santa ciudad diciendo que tiene un muro grande y alto. La finalidad del muro es brindar protección a la ciudad y separarla de toda otra cosa; también se relaciona con el reino. En el Antiguo Testamento cuando los hijos de Israel regresaron a Jerusalén, lo primero que ellos edificaron no fue la casa de Dios, sino el muro (Neh. 2:17). El muro alude al reino, a la autoridad y a la administración. La casa puede ser edificada sólo cuando la autoridad es establecida o recobrada entre el pueblo de Dios. Ésta es la habitación de Dios, la cual sirve para expresarle y glorificarle. Al final de la Biblia, en la santa ciudad, el reino y la gloria aparecen mezclados. Estar en la ciudad equivale a estar en la gloria. Entrar en la ciudad prácticamente es sinónimo de entrar en la gloria de Dios.

DIOS NOS HA LLAMADO A SU REINO Y A SU GLORIA

Dios nos ha llamado a Su reino y a Su gloria (1 Ts. 2:12). La meta del llamamiento de Dios son Su reino y Su gloria. Dios nos llama a entrar en Su reino y en Su gloria. Necesitamos entender claramente que el reino y la gloria no son el cielo, como muchos cristianos suponen. Cuando la mayoría de ellos habla de entrar en la gloria, el concepto que ellos tienen es que van a ir al cielo o a una mansión celestial. Otros, hasta cierto grado, tienen un concepto más avanzado. Ellos consideran que el reino de Dios no puede estar en la tierra en esta era debido a que el mundo y la sociedad actual son un caos. Ellos creen que cuando el Señor regrese, Él establecerá Su reino en la tierra en ese tiempo, y que en ese entonces ellos entrarán en el reino. Este concepto no es completamente erróneo; no obstante, es un entendimiento superficial acerca de lo que son el reino y la gloria.

Algunos estudiantes de la Biblia aún más avanzados creen que el reino ha sido interrumpido. Enseñan que cuando el Señor vino para traer el reino a los judíos, fue rechazado, y que debido a ese rechazo el reino de Dios se interrumpió temporalmente. Ellos piensan que cuando el Señor regrese, Él reinstalará en la tierra el reino que había sido interrumpido. Por consiguiente, enseñan que ahora nos encontramos en la dispensación de la iglesia y que el reino ha de esperar hasta la era venidera. De nuevo, no podemos afirmar que esto es totalmente incorrecto; sin embargo, se queda muy corto comparado con lo que hemos visto en la revelación divina por medio del ministerio de la era.

El reino de Dios es la esfera en la cual podemos adorar a Dios y disfrutarle bajo el gobierno divino con miras a entrar en la gloria de Dios

El reino de Dios es la esfera en la cual podemos adorar a Dios y disfrutarle bajo el gobierno divino con miras a entrar en la gloria de Dios (Mt. 6:13b). Necesitamos considerar los distintos aspectos de una declaración tan concentrada como ésta, la cual sólo puede ser encontrada en este ministerio. El reino es una esfera, un ámbito. En esta esfera o ámbito, podemos adorar a Dios y disfrutarle. En dicha esfera hay un gobierno y un reinado, pero también hay adoración a Dios y disfrute de Él. En Mateo 6:13b dice: “Porque Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”. En este versículo vemos tres cosas: el reino, el poder y la gloria. El reino es la esfera en la cual Dios ejerce Su poder a fin de ser expresado en toda Su gloria.

La obra que Pablo llevó a cabo entre los nuevos creyentes los nutrió, los cuidó con ternura y fomentó su crecimiento ayudándolos a andar como es digno de Dios, a fin de que entraran en Su reino y participaran de Su gloria

La obra que Pablo llevó a cabo entre los nuevos creyentes los nutrió, los cuidó con ternura y fomentó su crecimiento ayudándolos a andar como es digno de Dios, a fin de que entraran en Su reino y participaran de Su gloria (1 Ts. 2:12). Toda nuestra obra, incluyendo la predicación del evangelio, el pastoreo de los creyentes y el perfeccionamiento de los santos, así como todo nuestro vivir, incluyendo el hecho de andar como es digno de Dios, de vivir a Dios y de andar conforme al espíritu, tiene como fin que podamos entrar en Su reino y participar en Su gloria. Ésta es la meta de tal obra y tal vivir.

En el *Estudio-vida de 1 Tesalonicenses* el hermano Lee dice: “Cuando andamos como es digno de Dios, nuestra presencia traerá cierta atmósfera, la cual es el reino de Dios” (pág. 88). Pongamos un ejemplo. Supongamos que un hermano llega a su casa y le dice a su esposa: “Querida, según la Palabra de Dios yo soy la cabeza; soy el esposo. Colosenses 3:18 dice: ‘Casadas, estad sujetas a vuestros maridos’. Por lo tanto, yo soy la cabeza de esta casa”. Si este hermano hiciera eso, se estaría encaminando hacia muchos problemas. Reclamar autoridad de esa manera, no funciona. Aunque es verdad que el esposo es la

cabeza, él debe andar como es digno de Dios. En cambio, si el esposo no trata de demandar nada ni insiste en ninguna posición, sino que simplemente vive a Dios por la misericordia del Señor y anda como es digno de Dios conforme al espíritu, entonces habrá una atmósfera que le sigue por doquier, a saber, la atmósfera del reino de Dios.

El hermano Lee añade: “Además, donde está el reino de Dios, allí también está la gloria de Dios” (pág. 88). Debemos tener presente que donde quiera que esté el reino, también estará la gloria. Juntamente con el reino se hace presente una atmósfera y una expresión propias de Dios. El reino y la gloria no es otra cosa que Dios mismo manifestado en la carne. El hermano Lee también dice: “Muchos de nosotros podemos testificar que cuando vivimos a Dios y andamos como es digno de Dios, es decir, de un modo que corresponda a Él, hay una atmósfera a nuestro alrededor que no es otra cosa que el reino de Dios. Espontáneamente el Señor es expresado; esta expresión es la gloria de Dios” (pág. 89). Esto es algo práctico. Si realmente vemos esto, andaremos como es digno de Dios.

EL NUEVO TESTAMENTO ES UN LIBRO ACERCA DEL REINO DE DIOS; TODO EL NUEVO TESTAMENTO TRATA DEL REINO

El Nuevo Testamento es un libro acerca del reino de Dios; todo el Nuevo Testamento trata del reino (Mt. 3:2; 4:17; Ap. 11:15; 12:10). Tal entendimiento vence la escuela de pensamiento que enseña que el reino ha sido interrumpido. Poco después de la encarnación del Señor, Juan el Bautista entró en escena y declaró: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt. 3:2). La primera cosa que se predicó en el Nuevo Testamento fue la venida del reino de los cielos. Luego, al final del Nuevo Testamento, en Apocalipsis, el reino de este mundo llega a ser el reino de nuestro Dios y de Su Cristo (11:15). El Nuevo Testamento comienza y termina con el reino. Así que, el Nuevo Testamento es un testamento del reino de Dios.

El reino de Dios es la esfera divina en la que Dios lleva a cabo Su plan; es una esfera donde Dios puede ejercer Su autoridad a fin de lograr lo que se ha propuesto

El reino de Dios es la esfera divina en la que Dios lleva a cabo Su plan; es una esfera donde Dios puede ejercer Su autoridad a fin de lograr lo que se ha propuesto (Mt. 6:10). El reino de Dios es una esfera

donde Dios puede llevar a cabo Su propósito eterno y realizar Su meta. Aparte de esa esfera, Él no tiene un lugar en dónde llevar a cabo Su propósito. Este lugar es el reino, lo cual nos muestra cuán importante es el reino para Dios.

Hay un dicho que dice: “La casa de un hombre es su castillo”. En tiempos de la edad media, un castillo era representativo de un reino. Hoy en día, podemos hacer lo que queramos en nuestra casa, en nuestro reino. De la misma manera, cuando Dios está en Su reino, Él puede hacer todo lo que quiera. Dios necesita un reino a fin de llevar a cabo lo que Él quiere hacer en este universo conforme al deseo de Su corazón. La única manera en que Dios puede lograr Su meta es mediante Su reino.

El reino de Dios no es solamente el reinado que, en términos generales, Dios ejerce sobre el universo por medio de Su autoridad y poder, sino que también es el reinado que Él ejerce de una manera particular en términos de la vida divina

El reino de Dios no es solamente el reinado que, en términos generales, Dios ejerce sobre el universo por medio de Su autoridad y poder, sino que también es el reinado que Él ejerce de una manera particular en términos de la vida divina (Jn. 3:5, 15; Ro. 14:17; 8:2, 6, 10-11). En una manera general, podemos decir que el reino es un asunto que tiene que ver con el reinado y gobierno que Dios ejerce. Sin embargo, en una manera particular, podemos decir que Dios mismo ejerce Su reinado en términos de la vida divina. Él no viene de una manera externa a reinar sobre nosotros con vara de hierro, ni con voz resonante y autoritaria. Él no sólo reina ejerciendo Su poder de una manera externa, sino que también reina internamente por medio de la vida divina.

En realidad, el reino de Dios es Dios mismo en Cristo como vida. Por lo tanto, cuando estamos en la vida divina, estamos en el reino, y cuando estamos en el reino, estamos en la vida divina. Romanos 8 dice que el espíritu es vida (v. 10), que la mente es vida (v. 6), y que incluso nuestro cuerpo mortal puede disfrutar esta vida (v. 11). Esta impartición de vida es la verdadera propagación del reino de Dios. El grado al que Él logre extenderse en nuestro ser, será el grado en que Él podrá realizar Su propósito en nosotros. A medida que Su vida se extiende en nosotros, Su reino también avanza.

El Señor Jesús, como Dios encarnado, vino a establecer el reino de Dios: una esfera en la cual Dios puede llevar a cabo Su propósito mediante el ejercicio de Su autoridad

El Señor Jesús, como Dios encarnado, vino a establecer el reino de Dios: una esfera en la cual Dios puede llevar a cabo Su propósito mediante el ejercicio de Su autoridad (Jn. 1:1, 14; 3:3, 5; 18:36). En Juan 18:36 el Señor dijo: “Mi reino no es de este mundo; si Mi reino fuera de este mundo, Mis servidores pelearían para que Yo no fuera entregado a los judíos; pero Mi reino no es de aquí”. El Señor vino a establecer un reino, mas no un reino de este mundo, de esta tierra. Él estableció una esfera en la cual Dios pudiera llevar a cabo Su propósito. De hecho, el Señor mismo era tal reino. Adondequiera que Él iba, allí Dios gobernaba, reinaba y ejercía Su autoridad. En Mateo 12:28 dice: “Pero si Yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, entonces ha llegado a vosotros el reino de Dios”. Dondequiera que está el reino, allí se ejerce la autoridad de Dios.

En el Nuevo Testamento el evangelio es predicado en función del reino; el evangelio tiene como meta el reino y es proclamado a fin de que los pecadores rebeldes sean salvos, hechos aptos y equipados para entrar en el reino

En el Nuevo Testamento el evangelio es predicado en función del reino; el evangelio tiene como meta el reino y es proclamado a fin de que los pecadores rebeldes sean salvos, hechos aptos y equipados para entrar en el reino (Mr. 1:14-15; Mt. 4:17; Hch. 8:12). Marcos 1:14-15 dice: “Después que Juan fue entregado, Jesús vino a Galilea proclamando el evangelio de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”. En estos versículos podemos ver que el reino y el evangelio son una misma cosa. En el recobro del Señor el hecho de que nuestro evangelio es el reino debe ser grabado en nuestro ser. Mateo 24:14 nos dice que el evangelio del reino debe predicarse en toda la tierra habitada.

Hechos 8:12 dice: “Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el del nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres”. Felipe viajó a través de toda Judea anunciando el evangelio del reino. Hoy en día, al predicar el evangelio se descuida

grandemente el asunto del reino. Actualmente entre los cristianos, el evangelio se enfoca principalmente en ganar almas, en ir al cielo, en la paz y gozo, y en la prosperidad. Estas cosas únicamente conforman un pequeño porcentaje de lo que es en realidad el evangelio. El evangelio es el reino. Tenemos que ser de aquellos que predicamos el reino. Incluso entre nosotros, muchos no tienen una comprensión adecuada en cuanto a este evangelio.

En tiempos de Pablo, él habló a los creyentes recién salvos acerca de todos estos temas elevados, les habló de temas tales como andar como es digno de Dios y entrar en el reino y gloria de Dios. Pablo pudo haber dicho que los santos eran demasiado jóvenes para recibir estas cosas y que tal vez sería mejor predicar de ello más adelante, pero no lo hizo así. También nosotros debemos ir y predicar el evangelio del reino. Si nosotros no lo hacemos, nadie más lo hará. Éste es el evangelio que predicamos en Rusia, y es el evangelio que predicamos hoy por doquier. En el *Estudio-vida de Marcos*, el hermano Lee dice: “Debemos ver un punto crucial, es decir, que el reino es la esencia intrínseca del evangelio. El evangelio se predica para que se establezca el reino, el cual es una esfera divina donde Dios lleva a cabo Su plan” (pág. 118). El evangelio necesita ser predicado porque Dios necesita una esfera más amplia en donde pueda llevar a cabo lo que está en Su corazón. El reino de Dios es la meta y el resultado del evangelio. Cuando predicamos el evangelio, debemos tener como meta el reino, y el resultado de nuestra predicación también deber ser el reino. La vida de iglesia es el reino.

**En el Nuevo Testamento vemos que
el reino de Dios va a la par con Su salvación,
y que la salvación de Dios va a la par con el reino**

En el Nuevo Testamento vemos que el reino de Dios va a la par con Su salvación, y que la salvación de Dios va a la par con el reino (Ef. 2:8, 19; Ap. 12:10). En Efesios 2:19 dice: “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”. El pensamiento que encierra este versículo es que inmediatamente después de que los nuevos creyentes son salvos, son hechos ciudadanos del reino. Hemos sido hechos ciudadanos del reino de Dios; ésta es nuestra salvación. En Apocalipsis 12:10 dice: “Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de Su Cristo”. La salvación y el reino van a la par. En 2 Timoteo 4:18

Pablo dice: “El Señor ... me salvará para Su reino celestial”. Ser salvos para entrar en el reino es la máxima salvación.

**El objetivo primordial del arrepentimiento
es que entremos en el reino de Dios;
a menos que nos arrepintamos —es decir,
a menos que ocurra un cambio en nuestro modo de pensar—,
no podremos entrar en el reino**

El objetivo primordial del arrepentimiento es que entremos en el reino de Dios; a menos que nos arrepintamos —es decir, a menos que ocurra un cambio en nuestro modo de pensar—, no podremos entrar en el reino (Mr. 1:15; Mt. 3:2; 4:17). Como ya hemos visto, Mateo 3:2 dice: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. El objetivo del arrepentimiento no es que cambiemos de parecer o que creamos; más bien, el objetivo es que entremos en el reino. En el *Estudio-vida de Marcos*, el hermano Lee dice: “Los que ... se arrepienten [por causa de que el reino de Dios se ha acercado] podrán participar del cumplimiento del propósito eterno de Dios” (pág. 117). Por tanto, si alguna persona es salva pero no está en el reino, no tiene nada que ver con el propósito de Dios. Actualmente miles de millones son salvos, pero muy pocos se hallan en la realidad del reino; muy pocos están participando en el propósito eterno de Dios. El recobro del Señor debería ser un reino en el cual el propósito de Dios pueda llevarse a cabo.

**El reino de Dios es Dios mismo,
y Dios es vida, en la cual se halla la naturaleza,
la capacidad y la forma que es propia de la vida divina,
todo lo cual constituye la esfera en que Dios gobierna**

El reino de Dios es Dios mismo, y Dios es vida, en la cual se halla la naturaleza, la capacidad y la forma que es propia de la vida divina, todo lo cual constituye la esfera en que Dios gobierna (Mr. 1:15). En el ámbito de la ciencia, comúnmente se entiende por reino algo que está relacionado con cierta clase de vida. Por ejemplo, existe el reino vegetal, el reino animal y el reino humano. Todos estos reinos tienen que ver con cierta clase de vida. Lo mismo sucede con el reino de Dios, el cual es la esfera de la vida divina. Puesto que Dios es la vida divina, el reino es la esfera de Dios. Incluso, el reino es Dios mismo.

El hecho de que el reino de Dios se ha acercado significa que Dios mismo se ha acercado

El hecho de que el reino de Dios se ha acercado significa que Dios mismo se ha acercado. Esto tiene lógica. El Señor dice que el reino de Dios se ha acercado porque Él mismo se ha acercado. La venida del reino es la propia venida de Dios, y estar en el reino equivale a estar en Dios.

La naturaleza del reino de Dios es divina por cuanto se trata del reino de Dios y, como tal, posee los siguientes atributos divinos: el amor, la luz, la santidad y la justicia

La naturaleza del reino de Dios es divina por cuanto se trata del reino *de Dios* y, como tal, posee los siguientes atributos divinos: el amor, la luz, la santidad y la justicia (1 Jn. 4:8, 16; 1:5; 2:29; 1 P. 1:15-16). Dios es amor y luz, y también es justo y santo. Todos estos atributos divinos constituyen el reino y forman parte de dicho reino, por cuanto el reino es divino. Cuando nos encontramos en esta esfera, en este reino, lo único que vemos son los atributos divinos de Dios.

El requisito para entrar en la esfera divina es poseer la vida divina

El requisito para entrar en la esfera divina es poseer la vida divina. La única manera en la que podemos formar parte de cualquier reino, es nacer en dicho reino. Un caballo tiene que nacer en el reino de los caballos, y una cabra necesita nacer en el reino de las cabras. El nacimiento es la entrada a cierto reino en particular. Del mismo modo, entramos en la esfera divina al obtener la vida divina mediante la regeneración.

La única forma de entrar en el reino de Dios es recibir a Dios como vida y obtener a Dios mismo

La única forma de entrar en el reino de Dios es recibir a Dios como vida y obtener a Dios mismo (Jn. 1:1, 14; 3:15; 1 Jn. 5:11-12). Recibir a Dios y ganar más de Él es la forma de entrar en Dios o en el reino de Dios.

Es por medio de la regeneración que recibimos la vida divina, la vida de Dios; por eso, la regeneración es la única puerta de entrada al reino

Es por medio de la regeneración que recibimos la vida divina, la vida de Dios; por eso, la regeneración es la única puerta de entrada al reino (Jn. 3:3, 5, 15). En Juan 3:3 dice: “El que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. El versículo 5 habla acerca de nacer del agua y del Espíritu para entrar en el reino de Dios. La única forma de entrar en el reino de Dios es nacer en dicho reino. Ser regenerado, es decir, nacer de nuevo, no tiene como objetivo que vayamos al cielo; más bien, su objetivo es que entremos en el reino. Debemos olvidarnos de ir al cielo, pues ya estamos en el reino. Ir al cielo es algo futurista, es decir, un asunto relacionado con el futuro. Hacer que las personas siempre miren hacia el futuro es algo satánico. A Dios le interesa el presente. No vamos a ir al cielo; hoy estamos en el reino, pues hemos nacido en el mismo.

Mediante la regeneración Dios nos trasladó al agradable reino del Hijo de Su amor: una esfera donde somos gobernados en amor y según la vida divina

Mediante la regeneración Dios nos trasladó al agradable reino del Hijo de Su amor: una esfera donde somos gobernados en amor y según la vida divina (Col. 1:13). En cuanto a este aspecto, no se trata de un ámbito en el cual todos fruncen el ceño o tiemblan de miedo. Aunque sí existe tal aspecto del reino, aquí nos referimos a un aspecto muy agradable, esto es, el reino del Hijo de Su amor al cual hemos sido trasladados. En esta esfera somos gobernados en amor y según la vida divina.

Ciertamente hemos tenido muchas experiencias de ser gobernados bajo tal reino. A veces, cuando estamos a punto de decir algo, dicho gobierno se halla ahí presente, pero no de manera estrepitosa, sino según la vida divina y en amor. Existe algo muy dulce en este gobierno, parecido a una palmadita en el hombro, que nos dice que no digamos lo que estamos a punto de decir. No se trata de algo externo, como el relámpago o el policía. En este reino, el Rey se encuentra dentro de nosotros gobernándonos en amor y según la vida divina. Necesitamos ser gobernados en amor y según la vida divina. Podemos usar como ejemplo de esto la manera en que los padres

gobiernan su casa. Si ellos gobiernan con vara de hierro, ello dará resultados no deseados. En lugar de ello, necesitan gobernar en amor y según la vida divina, tal como nuestro Padre.

**El reino de Dios es la esfera de la especie divina;
para entrar en esta esfera divina es preciso nacer de Dios
a fin de poseer la vida y naturaleza de Dios y, de ese modo,
llegar a ser Dios-hombres que viven en el reino de Dios**

El reino de Dios es la esfera de la especie divina; para entrar en esta esfera divina es preciso nacer de Dios a fin de poseer la vida y naturaleza de Dios y, de ese modo, llegar a ser Dios-hombres que viven en el reino de Dios (Jn. 1:12-13; 3:3, 5). En el *Estudio de cristalización del Evangelio de Juan*, el hermano Lee dice:

Nacer de nuevo es nacer del agua, la cual representa la muerte de Cristo, y del Espíritu, el cual representa la resurrección de Cristo. Necesitamos morir con Cristo y resucitar para ser una nueva persona, de otra especie, de un género nuevo.

El reino de Dios es Su reinado. Este reinado divino es una esfera, no sólo del dominio divino, sino también de la especie divina, en la cual está todo lo que es divino. El reino vegetal es la esfera de la especie vegetal, y el reino animal es la esfera de la especie animal. Del mismo modo, el reino de Dios es la esfera de la especie divina.

Dios se hizo carne para entrar en la especie humana, y el hombre llega a ser Dios en la vida y la naturaleza de Él, mas sin poseer Su Deidad, esto a fin de entrar en la especie divina. En Juan 3 el reino de Dios alude más a la especie de Dios que a Su reinado.

Para entrar en la especie animal, uno tendría que nacer de un animal. Así, para entrar en la esfera divina, la esfera de la especie divina, uno debe nacer de Dios a fin de obtener la naturaleza y la vida divinas.

El hombre fue creado a la imagen de Dios y conforme a Su semejanza, lo cual indica que fue creado según el género de Dios, es decir, Su especie. Génesis 1 dice que cada ser viviente fue creado según su género. Pero Dios creó al hombre, no según el género humano, sino a la imagen de

Dios y conforme a Su semejanza para que así perteneciera a Su género.

Los creyentes, que nacen de Dios al ser regenerados para ser Sus hijos en vida y en naturaleza mas no en la Deidad (Jn. 1:12-13), pertenecen más al género de Dios que Adán. Adán sólo tenía la apariencia externa de Dios pero no la realidad interna, la vida divina. Tenemos la realidad de la vida divina en nosotros y estamos siendo transformados y conformados a la imagen del Señor en todo nuestro ser. Es lógico decir que todos los hijos de Dios están en la esfera divina de la especie divina.

Por consiguiente, en la regeneración Dios engendra dioses. El hombre engendra al hombre. Las cabras engendran cabras. Si las cabras no engendran cabras, ¿entonces, qué engendran? Si Dios no engendra dioses, ¿qué engendra? Si los hijos de Dios no pertenecen al género de Dios, a Su especie, ¿entonces a cuál género pertenecen? Si no son dioses, ¿entonces qué son? Todos los que nacimos de Dios somos dioses. Sin embargo, para evitar cualquier malentendido teológico, es mejor decir que somos Dios-hombres, que pertenecemos a la especie divina, es decir, que estamos en el reino de Dios. (págs. 130-132)

Hoy en día somos Dios-hombres que están en el reino de Dios, y pertenecemos a la especie divina. Somos una especie nueva; somos de la especie de Dios, la cual está en el reino de Dios.

**El reino de Dios es el Señor Jesús,
quien, como semilla de vida,
se siembra en Sus creyentes y se desarrolla en ellos
hasta formar una esfera en la que, por ser Su reino,
Dios puede reinar en Su vida divina**

El reino de Dios es el Señor Jesús, quien, como semilla de vida, se siembra en Sus creyentes y se desarrolla en ellos hasta formar una esfera en la que, por ser Su reino, Dios puede reinar en Su vida divina (Lc. 17:20-21; Mr. 4:3, 26). En Lucas 17:20-21 dice: “Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá de modo que pueda observarse, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros”. El reino no se puede observar, lo cual nos muestra que no es

ni material ni físico; sino que es divino y místico. Es el propio Señor, el Salvador.

En Marcos 4:26-29 dice: “Decía además: Así es el reino de Dios, como si un hombre echara semilla en la tierra; duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece, sin que él sepa cómo. La tierra lleva fruto por sí misma, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga. Pero cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado”. Aquí el Señor Jesús se refiere a Sí mismo como la semilla del reino de Dios. Esta semilla brotará, crecerá y madurará. Finalmente, la siega del fruto será la plena manifestación del reino.

Debemos tener el entendimiento de que el reino se asemeja a una semilla. Es el propio Jesús, quien, como semilla, se siembra en nosotros, la tierra donde esta semilla brota, crece, madura y se siega. El reino crece. Gradualmente, esta semilla se desarrollará hasta formar una esfera en la que Dios pueda regir y gobernar. Hoy en día nuestro crecimiento en vida determina el grado en que el Señor rige y gobierna en nuestro ser. Debemos orar diciendo: “Señor Jesús, crece en mí, porque mientras más crezcas en mí, más puedes regirme”. Estas dos cosas son lo mismo. Podemos asegurarnos de cuánto hemos crecido al considerar cuánto hemos permitido que Su vida nos rijan. Cuanto más digamos amén a Él, más nos hallaremos bajo Su gobierno. Cuanto más le obedecemos, más crece esta vida en nosotros. De igual manera, cuanto más esta vida crece en nosotros, más el Señor rige y gobierna sobre nosotros. Mediante nuestro crecimiento, Él gana más terreno en nosotros, y así, puede tener la preeminencia en nuestro ser. Debemos procurar desesperadamente crecer al ser gobernados por la vida divina.

El reino eterno de Dios es el aumento de Cristo en términos de Su administración gubernamental

El reino eterno de Dios es el aumento de Cristo en términos de Su administración gubernamental (Dn. 2:34-35, 44; Mr. 4:26-29). Daniel 2:31-35 nos dice que el sueño de Nabucodonosor, en el cual una piedra cortada, no por mano, hirió y destruyó la gran imagen, la cual representa la totalidad de los gobiernos humanos. Un día todos los reinos terrenales y humanos serán destruidos; así que, no deberíamos amar los reinos terrenales. Luego, la piedra que herirá la imagen llegará a ser un gran monte que llenará toda la tierra. Esto describe sencillamente el aumento de Cristo en Su administración

gubernamental. Cristo vendrá para dar fin a todos los reinos terrenales, y Él mismo llenará toda la tierra, la cual será el reino. Esto sucederá algún día, les garantizo. Esto ha sido profetizado y prometido; no es un cuento de hadas. Hoy en día nos hallamos en la etapa inicial del reino eterno. Cuán bueno es que no pertenecemos a los reinos terrenales, los cuales serán destruidos.

Hoy en día los creyentes llevan la vida del reino en la iglesia, pues la iglesia es el reino de Dios en esta era

Hoy en día los creyentes llevan la vida del reino en la iglesia, pues la iglesia es el reino de Dios en esta era (Mt. 16:18-19; 1 Co. 6:10; Ef. 5:5). En Mateo 16:18-19, después que el Señor dice: “Sobre esta roca edificaré Mi iglesia”, Él le dice a Pedro: “Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos”. En estos versículos, el Señor usa los términos *reino* e *iglesia* de forma intercambiable. A fin de que la iglesia exista, se produzca y sea edificada, primero debe establecerse el reino. La iglesia no es primero. Primero viene el reino, y luego la iglesia. A menudo pensamos que es al revés. Sin embargo, en realidad es el reino el que debe iniciarse primero. Dicho inicio se efectuó el día del Pentecostés (Hch. 2:1-4), y luego en la casa de Cornelio (10:44-46). Pedro abrió la puerta del reino para que surgiera una nueva especie, un género nuevo, a saber: los hijos de Dios, los Dios-hombres. Ellos son los componentes del reino. Es en el reino donde la iglesia llega a existir, donde se produce la iglesia y, finalmente, donde ésta es edificada. La iglesia es el reino de Dios en esta era.

La vida de iglesia es el reino en una etapa de desarrollo, en una etapa preliminar

La vida de iglesia es el reino en una etapa de desarrollo, en una etapa preliminar. En Apocalipsis 1:9 Juan dijo que él era “copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino”. Hoy en día, a pesar de que la vida de iglesia es el reino, el mismo se encuentra en una etapa preliminar. Juan estaba en el reino; sin embargo, él, al igual que nosotros, participaba del reino solamente de manera preliminar.

Cuando permitamos que la autoridad del reino de Dios opere en nosotros, la justicia, la paz y el gozo caracterizarán nuestra vida diaria

Cuando permitamos que la autoridad del reino de Dios opere en nosotros, la justicia, la paz y el gozo caracterizarán nuestra vida diaria

(Ro. 14:17). Debemos permitir que el reino de Dios opere en nosotros, y la mejor manera para que esto suceda es diciendo amén a lo que el Señor desee hacer en nosotros. Entonces la autoridad de Dios operará en nosotros, y la justicia, la paz y el gozo caracterizarán nuestro vivir. La justicia es para con nosotros mismos, la paz es para con los demás, y el gozo es para con Dios en el Espíritu Santo. En esto consiste la expresión del reino.

La obra realizada por la iglesia consiste en propiciar el advenimiento del reino de Dios

La obra realizada por la iglesia consiste en propiciar el advenimiento del reino de Dios (Mt. 13:43; 6:10; 12:22-28; Ap. 11:15; 12:10). La iglesia tiene una comisión, la cual consiste en propiciar el advenimiento del reino. La predicación del evangelio, el nutrir a los santos y el establecer iglesias tienen como fin propiciar el advenimiento del reino. En Colosenses 4:11 Pablo dice: “Son colaboradores míos para el reino de Dios”. En la iglesia no solamente somos colaboradores, sino que somos colaboradores con miras al reino de Dios.

La meta de Dios es que nosotros llevemos una vida de iglesia que nos conduzca al reino; esto significa que debemos vivir en la etapa preliminar del reino que habrá de conducirnos a la plena manifestación del reino

La meta de Dios es que nosotros llevemos una vida de iglesia que nos conduzca al reino; esto significa que debemos vivir en la etapa preliminar del reino que habrá de conducirnos a la plena manifestación del reino (Mt. 13:43). Éste es el entendimiento correcto y apropiado de la meta de la vida de iglesia. La meta de la vida de iglesia es el reino. Actualmente nos encontramos en la etapa preliminar del reino, y nuestra meta es llegar a la etapa final. Ahora estamos avanzando de la etapa de desarrollo a la etapa de la manifestación plena. Día tras día caminamos hacia el reino, lo cual requiere que nosotros llevemos un andar especial, un andar que sea digno de Dios.

En el Nuevo Testamento se recalca la cruz, la iglesia y el reino; la cruz produce la iglesia, y la iglesia propicia el advenimiento del reino

En el Nuevo Testamento se recalca la cruz, la iglesia y el reino; la cruz produce la iglesia, y la iglesia propicia el advenimiento del reino

(16:18-19, 24). Ahora vivimos en la vida de iglesia, y estamos tan contentos por ello. *Himnos*, #379 dice: “¡Qué contento en Su huerto estoy!”. Esto es bueno, pero no debemos olvidar que tenemos una meta, a saber, entrar en el reino de Dios. La iglesia, este huerto placentero, es la que nos introducirá en el reino; por lo tanto, no debemos dejar la vida de iglesia. Todo aquel que deja la vida de iglesia perderá la entrada al reino.

Para entrar en el reino es preciso pasar por sufrimientos; para ser “tenidos por dignos del reino de Dios” es necesario que nuestra fe crezca, que nuestro amor aumente y que nuestra perseverancia se mantenga firme

Para entrar en el reino es preciso pasar por sufrimientos; para ser “tenidos por dignos del reino de Dios” es necesario que nuestra fe crezca, que nuestro amor aumente y que nuestra perseverancia se mantenga firme (Hch. 14:22; 2 Ts. 1:5). Es posible que no nos guste escuchar esto, pero ésta es una verdad equilibrada. Para entrar en el reino, es preciso pasar por cierta cantidad de sufrimientos. Sufriremos persecución y aflicción, a veces por parte de nuestra familia, de nuestros padres, de los incrédulos o de nuestro entorno. Todos estos sufrimientos son evidencia de que estamos en el camino correcto.

En 2 Tesalonicenses 1:5 leemos: “Esto da muestra evidente del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis”. Hoy en día padecemos con el fin de edificar el Cuerpo de Cristo. También padecemos por causa del reino. Es por ello que necesitamos que la fe, el amor y la perseverancia nos sustenten. Necesitamos que éstas crezcan y aumenten en nosotros. Cuando vienen los sufrimientos, debemos apropiarnos de la gracia (2 Co. 12:9); sin embargo, mientras nos apropiamos de la gracia, debemos mantener nuestros ojos en el reino.

Después que hayamos entrado en el reino de Dios por medio de la regeneración, debemos avanzar experimentando el pleno desarrollo de la vida divina tal como se nos revela en 2 Pedro 1:5-11, a fin de que nos sea suministrada una rica entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo

Después que hayamos entrado en el reino de Dios por medio de la regeneración, debemos avanzar experimentando el pleno desarrollo de la vida divina tal como se nos revela en 2 Pedro 1:5-11, a fin de que nos

sea suministrada una rica entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Entramos en el reino mediante la regeneración. Sin embargo, necesitamos otra entrada. La primera entrada tiene como objetivo introducirnos en la realidad del reino; la segunda nos da acceso a la manifestación del reino. Necesitamos estas dos entradas. La primera de ellas es fácil; ella requiere sencillamente que nos arrepintamos, creamos en Cristo y nazcamos de nuevo del agua y del Espíritu.

Sin embargo, la segunda entrada no es tan sencilla como la primera. En 2 Pedro 1:3-11 se nos presenta el secreto para entrar en el reino. Dicho secreto consiste en crecer en la vida divina, es decir, desarrollar todas las virtudes que recibimos en nuestra primera entrada. Estas virtudes incluyen tanto las preciosas y grandísimas promesas, así como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad (v. 4). Todas estas virtudes nos fueron dadas durante nuestra primera entrada. Debemos cultivar dichas virtudes, esto es, hacer que crezcan y se desarrollen. Al desarrollar estas virtudes, forjamos para nosotros mismos la segunda entrada al reino eterno, la cual es el pleno desarrollo de la vida divina. Necesitamos crecer hasta alcanzar la madurez y permitir que todas estas virtudes divinas lleguen a ser nuestro elemento constitutivo. No podemos permanecer como niños. En el pleno desarrollo del reino no existen niños.

**El resultado de experimentar el crecimiento
y desarrollo de la vida divina**

—que nos lleva a la madurez—

**y de vivir en la realidad del reino en la vida de iglesia,
es que recibiremos como herencia el reino de Dios**

El resultado de experimentar el crecimiento y desarrollo de la vida divina —que nos lleva a la madurez— y de vivir en la realidad del reino en la vida de iglesia, es que recibiremos como herencia el reino de Dios (cfr. 1 Co. 15:50; Gá. 5:21). Estamos en el reino, y en cierta medida ya estamos disfrutando del mismo. No obstante, aquellos que crecen hasta alcanzar la madurez durante el milenio, también heredarán el reino en la próxima era. Esto significa que ellos disfrutarán del reino a lo máximo. Ya que el Señor sabe que algunos de Sus hijos no son diligentes ni fieles, en Su sabiduría ha dividido el reino en secciones. Existe una sección de manifestación para los que son fieles, cooperan con Él, le anhelan desesperadamente y le buscan. Éstos participarán del reino y tendrán una rica entrada en la plena manifestación del mismo. Los que no

entren —y habrá muchos de los hijos de Dios que no entrarán—, sufrirán cierta pérdida, cierto castigo. Esto significa que hoy debemos llevar una vida que permita nuestra entrada al reino. En el mensaje anterior vimos que necesitamos andar como es digno de Dios. Este andar tiene como objetivo introducirnos en el reino. Esta clase de andar se requiere para que seamos introducidos en el reino en su manifestación.

**LA GLORIA DE DIOS SIEMPRE VA A LA PAR CON SU REINO
Y SE EXPRESA EN LA ESFERA DE SU REINO**

**El reino es la esfera en que Dios ejerce Su poder
a fin de expresar Su gloria**

La gloria de Dios siempre va a la par con Su reino y se expresa en la esfera de Su reino (Mt. 6:10, 13b; Sal. 145:11-13). El reino es la esfera en que Dios ejerce Su poder a fin de expresar Su gloria (Ap. 5:10, 13). Nuevamente vemos que si no existe el reino, Dios no tiene un lugar en el cual pueda expresar Su gloria.

**El resplandor del reino tiene como objetivo
la glorificación del Padre**

El resplandor del reino tiene como objetivo la glorificación del Padre (Mt. 5:16). La iglesia es la ciudad sobre el monte. Hoy nosotros somos el candelero que resplandece en la casa. En Mateo 5:16 dice: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. La constitución del reino consiste en que expresemos su realidad en nuestro vivir, que permitimos que Dios resplandezca a través de nosotros. Dicho resplandor es el reino.

**El reino de Dios es Dios mismo manifestado a través de nosotros;
el reino es la expresión de Dios que brota de nuestro interior**

El reino de Dios es Dios mismo manifestado a través de nosotros; el reino es la expresión de Dios que brota de nuestro interior (vs. 14-15; 1 Co. 4:20; 10:31).

**En 1 Tesalonicenses 2:12 se nos indica
que entramos en el reino de Dios
y en la gloria de Dios de forma simultánea**

En 1 Tesalonicenses 2:12 se nos indica que entramos en el reino de Dios y en la gloria de Dios de forma simultánea.

El reino de Dios es Dios mismo manifestado en Su gloria y con Su autoridad para ejercer Su divina administración; por lo tanto, entrar en el reino de Dios y entrar en la manifestación de la gloria de Dios son acciones que ocurren simultáneamente como una sola acción

El reino de Dios es Dios mismo manifestado en Su gloria y con Su autoridad para ejercer Su divina administración; por lo tanto, entrar en el reino de Dios y entrar en la manifestación de la gloria de Dios son acciones que ocurren simultáneamente como una sola acción (He. 2:10; Mt. 5:20; Ap. 21:9-11; 22:1, 5). En *Life-Study of 2 Peter* [Estudio-vida de 2 Pedro], el hermano Lee dice:

El reino eterno en [2 Pedro 1:11] se refiere al reino de Dios, el cual le fue entregado a nuestro Señor y Salvador Jesucristo (Dn. 7:13-14), y que será manifestado a Su regreso (Lc. 19:11-12). Éste será una recompensa para los creyentes fieles del Señor, quienes procuran crecer en Su vida hasta llegar a la madurez y desarrollar las virtudes de Su naturaleza para poder participar de Su reinado en la gloria de Dios en el milenio (2 Ti. 2:12; Ap. 20:4, 6). Entrar de esta manera en el reino eterno del Señor está relacionado con entrar en la gloria eterna de Dios, a la cual Dios nos llamó en Cristo (1 P. 5:10; 1 Ts. 2:12). (págs. 55-56)

Que todos cumplamos este llamamiento divino. Es Él quien nos ha llamado a Su reino y a Su gloria, y en cierta manera, allí es donde nos encontramos hoy. Ya estamos en Su reino y gloria. Sin embargo, esta esfera o ámbito debe extenderse a través del crecimiento en la vida divina. Todos nosotros, los que estamos en el recobro, debemos ir en pos de dicho crecimiento, desarrollar la semilla del reino hasta que ésta alcance la madurez, mas no solamente para nuestro propio provecho o beneficio, sino para que exista una esfera en la cual Dios puede gobernar. Anhelamos propiciar el advenimiento del reino del Señor. Que el Señor haga esto en Su recobro.—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TESALONICENSES Y CANTAR DE LOS CANTARES 7—8

**Salvación en santificación
(Mensaje siete)**

Lectura bíblica: 2 Ts. 2:13-14; 1 Ts. 5:23; Jn. 17:17; Col. 1:27

- I. Dios nos escogió desde la eternidad pasada “para salvación en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad”—Ef. 1:4; 2 Ts. 2:13:
 - A. La salvación que Dios efectúa no sólo incluye la salvación de la perdición eterna, sino Su salvación plena y completa—1 P. 1:5:
 1. Todos los efectos, beneficios y resultados de la salvación eterna son de naturaleza eterna, por lo cual trascienden todas las condiciones y limitaciones que nos impone la esfera del tiempo—He. 5:9.
 2. La plena salvación de Dios se lleva a cabo en tres etapas: la etapa inicial, que es la etapa de la regeneración; la etapa progresiva, que es la etapa de la transformación; y la etapa de consumación, que es la etapa de la glorificación—1 Co. 6:11; Ro. 5:10; Fil. 3:21.
 3. La salvación de Dios incluye el hecho de ser salvos de muchos asuntos en nuestra vida diaria, ser salvos de los sufrimientos durante la gran tribulación y la salvación de nuestra alma, lo cual nos librerá del castigo dispensacional—1:19, 28; 2:12; Lc. 21:36; 1 Ts. 5:9; Ap. 3:10; 1 P. 1:9.
 - B. La salvación de Dios se efectúa en santificación por el Espíritu—2 Ts. 2:13:
 1. La expresión “salvación en santificación” significa que si hemos de disfrutar y participar de la plena salvación de Dios, tenemos que experimentar la santificación efectuada por el Espíritu.
 2. El Espíritu mora en nosotros con esta única meta: